

Graciela Cándano Fierro

## Introducción

Los trabajos aquí reunidos están vertebrados por el afán de dilucidar qué fue la Edad Media, cuáles fueron sus manifestaciones culturales, cómo se divertía la gente, que símbolos se amparaban en sus escritos, qué clase de cuentos se escuchaban, cómo eran los versos de su poesía, cuál era su ciencia. Quienes nos dedicamos a estudiar ese periodo decisivo de la vida del hombre, ya sea desde la perspectiva de la literatura, de la historiografía o de la sociología, no deseamos que el gran público considere al Medievo como lo discurría cierta documentalista de la televisión de París, especialista en programas históricos. Cuenta la investigadora Régine Pernoud que la susodicha mujer se comunicó una vez con ella para pedirle un favor. Le preguntó: "¿Tiene usted algunas diapositivas que *representen* la Edad Media?" Mientras Régine pensaba en la respuesta, la documentalista le aclaró: "Sí, usted sabe... diapositivas que den una idea de la Edad Media en general: matanzas, degollaciones, escenas de violencia, de hambrunas..." La historiadora lamentó la ignorancia de su interlocutora, porque ese dramático cuadro constituye tan sólo uno de los lados del complejo icosaedro fenomenológico que configura al Medievo.

En los artículos que siguen se encontrarán visiones diversas sobre algunos aspectos importantes de la Edad Media, expuestos por quince enamorados de una época en la que se constru-

yeron, por ejemplo —a pesar del subdesarrollo en que se vivía—, las catedrales más extraordinarias que ha podido concebir y edificar el ser humano.

El orden en que se presentan los quince trabajos de que consta la revista pudo haber sido otro, pero nos hemos inclinado por éste para dar comienzo con los más generales. Veamos.

Ya Jenófanes opinaba, seis siglos antes de Cristo, que los mortales eran unos estúpidos, pues creían poder calibrar lo divino con los grados y niveles de su propia natura. A eso se debía que los dioses etíopes fueran negros y de nariz chata, mientras que las divinidades tracias eran pelirrojas y ojiazules. Poco menos de un milenio después, para Clemente de Alejandría (150-215) tales antropomorfismos constituían uno de los rasgos esenciales de la vanidad del culto idólatra. Pues bien, todavía en la Baja Edad Media (ss. XII-XV) —y aún hoy— el ser humano ha insistido en que sus dioses y sus semidioses tienen un cuerpo, se expresan mediante la palabra y hasta lucen un ropaje (la Virgen María, por ejemplo). Pero si los dioses pueden poseer cuerpos al menos parecidos a los de los mortales, hay elementos de la constitución humana que le impiden al hombre ser partícipe de la perfección divina; precisamente aquellas características que orillan a las personas a la gula y, peor aún, a la lujuria. Antonio Rubial, estudiando estos temas en "Entre el cielo y el infierno. Cuerpo, religión y herejía en la Edad Media tardía", nos adentra, con relación al cuerpo humano, en el cuasi maniqueísmo medieval. Dicha dualidad es una manifestación de los valores y tabúes de la sociedad de entonces, inmersa en una visión cristiana trascendentalista que no podía concebir al cuerpo sino como un instrumento para la salvación o la condenación del alma (la carne, el mundo y el demonio son los enemigos del espíritu). Asimismo, el autor nos brinda una sucinta pero alucinante galería de seres y actos divinos, benignos y malévolos —humanizados—, que desfilan abigarradamente ante nuestros ojos, y también nos llama la atención acerca de cómo el esquema ideológico con-

cerniente a estas materias —certificado por la Iglesia y formulado a los creyentes como verdad única— era violentado en el quehacer cotidiano de los simples ciudadanos por la peste, la guerra, el hambre, la muerte y... el carnaval.

La postura hacia la homosexualidad se ha modificado a lo largo de las diferentes épocas, así como entre los diversos estratos sociales y grupos culturales, fluctuando entre la total aprobación en la antigua Grecia, la indulgencia en el imperio romano y la censura total, en la mayoría de las sociedades occidentales y orientales. En nuestros días, la mayor parte de los prejuicios existentes contra la homosexualidad provienen de su clasificación como enfermedad en el siglo xix. Pero, ¿qué pasaba en la Edad Media al respecto? César González Ochoa, en "El amor de los muchachos en la cultura medieval", nos ilustra sobre el tema. Lo primero que debemos reconocer es que la condena medieval hacia la homosexualidad fue absoluta. Baste recurrir a la metáfora que cita el autor, del prestigioso *Roman de la rose* (siglo xn), para aquilatar la reprobación reinante: "...los barbechos se tornarán yermos si no se les hunde a fondo la reja. ¡Ojalá *se pudiera enterrar vivos* a esos que se atreven a descuidar sus herramientas que Dios construyó con sus propias manos y entregó a [Natura]!"<sup>1</sup> Fácil sería achacar tal homofobia a la influencia de la poderosa Iglesia cristiana de la época; pero González Ochoa va más allá y nos brinda dos posibles facetas explicativas de tan tajante censura: una asociada a cierta categorización de la sociedad y la otra al despilfarro no productivo.

Los seis trabajos siguientes giran alrededor de la literatura didáctica de los siglos xii al xv. Su temática toca desde la necesidad de desentrañar el discurso subyacente en los textos correspondientes a este género literario hasta el sentido de un solo *exemplum* a través del tiempo y del espacio. Natural-

<sup>1</sup> El subrayado es mío.

mente, al abordar sus temas específicos, los seis ensayos se abocan al tratamiento de distintos aspectos (culturales, sociales, etc.) de ese periodo clave de la evolución histórica europea, de tal modo que se enriquece notablemente su contenido. El primer artículo: "El discurso institucional de la literatura didáctica", de Rodrigo García de la Sienna, trata de encontrar los elementos textuales últimos que permitan determinar las razones generales de los autores o compiladores para utilizar la palabra ejemplar, razones que se encuentran en la pretensión de la cúpula del poder político de establecer un orden social y un dominio férreo sobre los fieles mediante la sumisión incondicional a los principios morales y religiosos, derivados de la Iglesia, con métodos subliminales.

Graciela Cándano, en su "Realismo grotesco y *exempla* medievales", da respuesta a las preguntas acerca de qué género de comicidad es el que priva en las obras didácticas y si dicha comicidad tiene algún vínculo con la cultura cómica popular de la Edad Media. Por una parte, demuestra que los textos didácticos, auspiciados por la Iglesia y el Estado, además de que contienen graciosos ingredientes dimanados de las tradiciones orientales y grecolatinas, no pertenecen al género de la cultura cómica popular medieval (aunque hay excepciones, como es el caso de los dos Arciprestes, de Hita (1283-1350) y de Talavera (1398-1466)). El marco teórico fundamental de la risa ejemplar debe buscarse en el universo de la carcajada escarneecedora, de la comedia, y no de la carnavalesca, de la farsa. Sin embargo, hay en lo grotesco algunos componentes cómicos universales, como la transgresión de lo establecido, la risa como circunstancia liberadora y el mundo al revés.

"Los cuatro sentidos en el *Libro de los gatos*",<sup>2</sup> de Carmen Armijo, es un sugerente ensayo en el que la autora interpreta siete *exempla* en los que el protagonista principal es un gato.

<sup>2</sup> Siglos XIII y XIV.

Aplica la metodología exegética para obtener una comprensión más cabal del papel que desempeña el gato en el *exemplum* respectivo. Así, emplea el sentido literal o literario —el insinuado por las palabras— para observar qué es lo que representa el felino en cada caso. Luego utiliza el sentido alegórico o tipológico —encarna el mundo figurado—, y observa qué simboliza el gato. Enseguida aplica el sentido moral o tropológico —la realidad moral superior— y desentraña la moraleja. Por último se vale del sentido anagógico —la otra vida— y se encuentra con la sanción conducente. Parece apropiado este método, dada la mente simbólica del hombre medieval y de quienes quisieron transmitirle enseñanzas fundamentales.

Jordi Ainaud investiga acerca de la difusión del motivo ejemplar de las flechas que se rompen una a una pero no en haz, y comprueba cómo unas divergencias en apariencia baladíes en la representación de un mismo motivo, folklórico o no, se manifiestan más que significativas. En "Fabula de fuentes" destaca el que Babrio (siglo I d.C.) y Muntaner (1265-1336) se hayan centrado en el antagonismo entre la debilidad del individuo solitario y la fuerza de la unión colectiva. El armenio Hethoum de Corycas le otorga en 1307 un matiz político al motivo, del mismo modo que Muntaner. La saga de Alan-*qo'a* coloca en la balanza elementos morales. La Fontaine (1621-1695), a su vez, le da a la fábula un desenlace casi de drama burgués, poniendo a los hijos a pelear después de la lección de los dardos. Por su parte, el cineasta Kurosawa explota el motivo para desatar una tragedia sobre la potestad y la conciencia. La moraleja que, a su vez, nos brinda el autor en su ensayo-fábula es: debemos saber diferenciar y apreciar todos los componentes y las conexiones del "amplio abanico intertextual que nos proporcionan las fábulas".

Tatiana Bubnova y Claude Thomasset, en sus artículos: "Medicina y literatura" y "Peste y poesía didáctica: Olivier de la Haye (1425)", respectivamente, han elegido un campo de inves-

tigación difícil, poco explorado. Se trata de la *poesía didáctica*; es decir, de la exposición artística de la verdad científica por medio de la palabra rítmica. Este género constituye también, por decirlo así, la vestidura poética de la ciencia misma; es, en todo caso —como dice Thomasset—, poesía científica. Bubnova centra su ensayo en los contrastes y valores literarios (amén de médicos y/o históricos) de tres tratados sobre la salud humana, explicativos y terapéuticos, que surgieron a raíz del impacto morboso, psicológico y sociológico, que produjo la proliferación de la sífilis en Europa, a fines del siglo xv. El eje final de su artículo es el *Syphilis, sive de morbo gallico*, meritorio poema latino poco conocido del italiano Girolamo Fracastoro (1530), manual más cercano a la fabulación literaria que a la medicina, y que dio su nombre a la temible enfermedad. Los otros dos tratados son, uno de Villalobos (1498) y otro de Delicado (también de 1530). La autora lleva a cabo, además, un repaso de la historia de la sífilis y le da a su análisis un ominoso y justo toque contemporáneo al equiparar el mal con el síndrome de inmunodeficiencia adquirida, SIDA.

Por su parte Thomasset rescata al oscuro poeta Olivier de la Haye, quien en 1425 elevó su voz al compás de 3 652 versos octosilábicos para pregonar el derecho a la vida y, literalmente, la lucha a muerte contra la peste, recurriendo para ello a todos los medios —incluyendo el arma de la rima, diría yo—. De la Haye, no obstante el contexto científico en que se desenvuelve, y el erudito vocabulario médico que debe utilizar, es uno de los primeros en reconocer y favorecer el predominio de la lengua vulgar de París sobre el latín para obras científicas, y deja en su obra la impronta de la opulencia exuberante del mundo del siglo xv. Thomasset destaca la confiabilidad de los catálogos terapéuticos del poema, lo cual lo hace indispensable para la historia de la ciencia médica.

Pero, ya que hemos hablado de ciencia en las postrimerías de la Baja Edad Media y los albores del Renacimiento, cabe la si-

guiente pregunta: ¿cuál era la división de las ciencias en esa época? ¿Existía alguna clara separación u ordenación? Hugo Óscar Bizarri nos brinda parte de la respuesta en su trabajo "El problema de la clasificación de las ciencias en la cultura castellana extrauniversitaria del siglo XIII". Yendo más allá de los clásicos *trivium* y *quadrivium*, san Isidoro (560-636), en su *Differentiarum*, les suma, por primera vez en la Edad Media, la ética y hace aparecer, como tres ramas de la física, a la medicina, la mecánica y la astronomía. De ahí en adelante nos lleva el autor a través de una serie de sugestivas metamorfosis de la división de las ciencias, tema que interesó no sólo a los incipientes círculos académicos de las nuevas universidades, sino a escritores y pensadores diversos que van desde el judío converso (c. 1106) Pedro Alfonso, autor de la colección de *exempla* *Disciplina clericalis*, para quien la medicina necesitaba de la astronomía para desempeñarse a plenitud; los autores anónimos del *Libro de Alexandre* o de *La doncella Teodor*, este último ajustado más bien a la cultura oriental, lo cual hace que la medicina sea más trascendente que en otros esquemas; Alfonso X *el Sabio* (1221-1284), cuya última división —la de la *General estoria*— constituye, ya, un programa de estudios, hasta el maestro florentino Brunetto Latini (1220-1294), quien en su enciclopedia práctica engloba todo el saber en dos vastas disciplinas: la filosofía teórica y la filosofía práctica. Esta heterogénea ordenación de las ciencias dio paso a una nueva mentalidad académica que terminó brillando en el Renacimiento con luz propia.

Entre la lírica primitiva y la poesía didáctica se encuentra la hagiografía *Vida de Santa María Egipcíaca*. Andrew Beresford estudia y compara, con erudición, las tres versiones de esta leyenda en la literatura medieval española. Las dos primeras son: *Vida de Santa María Egipcíaca* —reelaboración del poema la *Vie de Sainte Marie l'Égyptienne*, que data de alrededor de 1215— y *Estoria de Santa María Egipcíaca* —versión en prosa derivada de

una refundición francesa de la misma *Vie*, fechada en la primera mitad del siglo xiv—. Ambas versiones pertenecen a la tradición occidental de la leyenda. La otra versión, en prosa —compuesta años después de la *Estoria*—, es una traducción de la *Vita Sanctae Marie Aegyptiacae* de Paulus Diaconus que se deriva de la tradición más antigua (la oriental). El autor hace énfasis en el prólogo de la obra, perspicacia poética que advierte sobre la trascendencia de los tópicos del pecado, el arrepentimiento y la salvación.

Dentro del romancero, pero con claros tintes de ejemplaridad, se encuentra el trabajo de Aurelio González: “Elementos ejemplarizantes en el romancero viejo”. En resumen, el autor destaca que puede admitirse que un discurso cerrado en su significado e incluido en una tradición folclórica puede utilizarse como una variante de texto abierto, ya que otorga la posibilidad de hacer hincapié en ciertas peculiaridades de las protagonistas, como en el caso de los siguientes romances: la leyenda de *La Cava, el rey Rodrigo y la pérdida de España*, la historia sobre *Doña María de Padilla y la muerte del Maestre de Santiago* o el rapto de la esposa del personaje conocido como don García y el papel de la suegra en la relación matrimonial. Esto es factible —señala el autor— sobre todo por las funciones que pueden llenar los *exempla* de los textos ejemplares dentro de un relato-marco, desviándose cada una de las narraciones hacia otro significado temático paralelo al originalmente establecido.

Ya en el campo de la lírica tenemos dos artículos. En el primero de ellos: “La mujer-árbol y el hombre-mar: simbolismo mítico y tradición indoeuropea del epitalamio sefardí de *La galana y el mar*”, José Manuel Pedrosa trabaja con esta canción (y con otras emparentadas con ella) que ha sido, dentro del inventario de esponsales sefardíes de Oriente, una de las más diseminadas. Su tenor ritual, dilucida el autor, está pleno de connotaciones simbólicas que en diversas culturas poseen sentidos cabalísticos y fertilizantes generosamente documentados, los cuales permiten la mayor comprensión de los ritos



sefardíes. Por otra parte, es evidente que no es fácil encontrar, como ocurre con el epitalamio en cuestión, el grado de congruencia existente entre el contexto etnográfico y el texto literario de una canción, fundamentado en la metáfora de la unión, aparentemente imposible, del mar y del árbol —del principio masculino y femenino, respectivamente (aun cuando el valor predominante del agua es femenino y el tronco mantiene, también, un lazo con lo fálico)—, tal como sucede en múltiples y arcanos antecedentes de la tradición erótica y cultural de los pueblos antiguos.

Mariana Masera, en “‘Vuela, vuela, pajarito’: relaciones entre el cancionero medieval hispánico y el cancionero popular mexicano contemporáneo”, sin pretender ser exhaustiva, estipula ciertos rasgos que testimonian las similitudes del cancionero mexicano de hoy —más allá de su estilo propio, su singular léxico y su original fauna— con las tradiciones que lo precedieron en el viejo mundo. Es interesante observar cómo el cancionero popular hispánico medieval se refleja en el nuestro de distintas formas, especialmente en lo que se refiere al ave como símbolo sexual (pajaritos diversos), los cazadores de amor (zopilotes y gavilanes) y las aves mensajeras (donde hasta los papagayos tropicales son capaces de llevar en el pico algún recado). Un aspecto muy significativo es el cambio, de cancionero a cancionero, de sexo del locutor, que pasa de ser femenino a masculino, cosa —señala la autora— que también ocurre en cancionero popular hispánico contemporáneo.

Arribando al terreno de la narrativa, Cristina Azuela demuestra, en “El penúltimo relato de las *Cent Nouvelles nouvelles*, ¿una ‘anti-Griselda’ del siglo xv?”, que la auténticamente última *nouvelle* de la obra francesa no es una anti-Griselda boccacciana, como se ha afirmado, sino más bien un texto anti-edificante, antimoraleja o —por lo menos no claramente ejemplar—, que va a contracorriente de una época esencialmente didáctica (ya lo había hecho el Arcipreste de Hita poco antes de

Boccaccio (1313-1375)). En esta *nouvelle* no sólo no hay un marido engañado ni, en consecuencia, una mujer adúltera (tampoco se presenta en ella a un hombre sabio y a su mujer casta por voluntad propia), sino que el lector mismo es burlado ya que el relato parece, primero, edificante, luego se torna desfachatado o pícaro y finalmente da la impresión de ser vaga, confusamente moralista. Para colmo, el único protagonista de la *Nouvelle* que engaña a alguien es ¡un clérigo honesto y efectivamente sabio!

Por último, ya en los estertores de la Edad Media (los inicios del Renacimiento), en su "Diálogo sobre *Anfitrión* entre Fernando de Rojas y Francisco de Villalobos", Gustavo Illades da luz acerca de que Villalobos sea el probable autor del Primer Auto de *La Celestina*. Fundamenta su hipótesis en las excepcionales correspondencias existentes entre la *Tragicomedia* de Rojas (1470-1541) y las obras de Villalobos, tanto de naturaleza médica, moral y de filosofía natural, como, especialmente, la traducción que hizo el facultativo del *Anfitrión* de Plauto (tanto *La Celestina* como el *Anfitrión* son obras de índole tragicómica). Para determinar estas correspondencias el autor tuvo que considerar conjuntamente la dimensión semántica, el género y el aspecto de la pluriautoría de *La Celestina*. Asimismo, no deja de ser interesante que Rojas y Villalobos hayan sido compañeros de estudios en la Universidad de Salamanca, a la vez que judíos conversos asociados. Por ello, las obras de ambos autores son achacables a la producción colectiva o —al menos intercomunicada— de un supuesto "taller salmantino" creado tras los muros de la universidad.

\* \* \*

Diversas aristas de la cultura del Medioevo han sido estudiadas en los ensayos aquí reunidos, las cuales reflejan algunas de las dualidades características de esta época de contrastes, verbi-

gracia cristianismo y paganismo, religiosidad culta y popular, tradición folklórica y prosa didáctica, poesía científica y lírica primitiva, entre otras.

En el entendido de que la literatura, conjuntamente con la historia, constituye la memoria de los pueblos, confiamos en que estos ensayos ayuden al especialista en alguna investigación puntual y al lego a empezar a dejar de ser, como sarcásticamente señala Régine Pernoud, un amnésico respecto de la Edad Media.